

IV

EL DOCTOR ETCHEGOYEN Y LA SALUD PÚBLICA

Desde el inicio de su carrera tuvo siempre el doctor Etchegoyen una activa intervención en los problemas de la salud pública, por entender que no era posible dar solución satisfactoria a determinados problemas relacionados con las enfermedades comunes a hombres y animales, como el muermo, tan frecuente en su época, sin la participación conjunta de médicos y veterinarios.

Preocupado por la cantidad alarmante de animales muermosos que deambulan por la ciudad con grave riesgo para la población humana, deja oír su voz en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana en 1896, para llamar la atención de las autoridades, pues según sus palabras, da grima ver cuán floreciente está el muermo en esta capital y censura el abandono punible por parte de los encargados de la inspección sanitaria de La Habana.

El conocimiento que de esta enfermedad tenía el doctor Etchegoyen, su amplia base científica, el hecho de haber sido uno de los primeros en emplear en Cuba la maleína para su diagnóstico unido a su gran experiencia en el tratamiento y control de la enfermedad, determinaron que, al crearse en 1901 la Comisión para la Extinción del Muermo, fuera solicitada su colaboración y designado miembro de la misma.

Al ser designado Inspector de Carnes del Ayuntamiento de La Habana en 1899, el doctor Etchegoyen pone en evidencia una vez más la importancia de la veterinaria en el campo de la salud pública, manteniendo una vigilancia constante y minuciosa de los animales de matadero antes de su sacrificio y de las carnes destinadas al consumo humano, procediendo siempre como celoso guardián de la salud pública durante los 25 años que permaneció en el cargo.

A través de sus numerosos escritos, en las reuniones científicas o en los congresos médicos, el doctor Etchegoyen hace sentir su beneficiosa influencia, presentando trabajos de interés común para médicos y veterinarios en la solución de problemas sanitarios.

Su constante intervención en los problemas relacionados con la salud pública, mueven a las autoridades sanitarias a solicitar su consejo y asesoría en todos los asuntos referentes a las enfermedades comunes a hombres y animales y en sus relaciones mutuas y es designado en 1928 por el Secretario de Sanidad y Beneficencia, Dr. Francisco María Fernández, vocal del Consejo Técnico del Instituto Finlay y posteriormente, miembro de la Junta Superior de Sanidad.

En 1935, no obstante encontrarse jubilado, es requerido por el Dr. Domingo Ramos, a la sazón Director de Sanidad, para que colabore en un proyecto tendiente a crear una comisión para el estudio de las zoonosis en Cuba, en vista del incremento, cada vez más alarmante, de la brucelosis, zoonosis que había sido reportada en Cuba desde el año 1918 por la Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, en un lote de ganado importado.

A pesar de que en algunos medios profesionales se sustenta la teoría de que las condiciones climáticas de nuestro país son desfavorables al desarrollo de las brucellas, basándose en que los casos reportados en hombres y animales son muy escasos, el doctor Etchegoyen, sin negar esta posibilidad, pero con un criterio más científico, sostiene que quizás el pequeño número de casos reportado sea debido más a la falta de medios de diagnósticos adecuados que a condiciones climáticas adversas al desarrollo de los microorganismos y, al enterarse de los buenos resultados obtenidos en Europa con la brucelina preparada por el Dr. Adelmo Mirri, director de la Estación Experimental Zooprofiláctica de Sicilia, para el diagnóstico de la brucelosis, le escribe inmediatamente, pidiéndole le envíe 100 dosis de su brucelina para experimentar en Cuba, las que tan pronto recibe pone, sin costo alguno, a la disposición de las Secretarías de Sanidad y Beneficencia y de Agricultura, respectivamente, con objeto de conocer la verdadera difusión de la brucelosis en el ganado y en consecuencia tomar las medidas más apropiadas para su prevención y control. (11)

V

JUBILACIÓN Y MUERTE DEL MAESTRO

Durante los 56 años de su vida profesional, el doctor Francisco Etchegoyen ejerció activamente la medicina veterinaria; dedicó 26 de ellos a la enseñanza como profesor de la Escuela de Medicina Veterinaria que tanto amara y a la que se sentía unido por vínculos irrompibles, y pudo en su ancianidad contemplar jubiloso cómo su obra se fortalecía y crecía cada vez más.

En el año 1933, su elevado concepto del deber le impidió aceptar claudicaciones que consideró iban en detrimento del prestigio científico de la Escuela que con tanto amor fundara y silenciosamente se acogió a la jubilación voluntaria el 1º de septiembre de 1933; se retiró a su casa de la calle Industria N° 20, entre Genios y Refugio, donde continuó en el ejercicio de su profesión y concurría diariamente a su Clínica Canina y Laboratorio de Malecón 16, donde atendía a la distribución de los productos biológicos y farmacéuticos de «The Jensen Salisbury Laboratory», cuya representación ostentaba asociado al doctor Fidencio Sánchez.

Cuando se organizó el Colegio Médico Veterinario Nacional, en virtud del Decreto Presidencial N° 2446 de 18 de octubre de 1933, es uno de los primeros en colegiarse, correspondiéndole el número dos de colegiado. En justa correspondencia, uno de los primeros acuerdos del Comité Ejecutivo Nacional, integrado por sus discípulos de ayer, fue designarlo Presidente de Honor del Colegio Médico Veterinario Nacional.

El doctor Francisco Etchegoyen y Montané ejerció la medicina veterinaria en forma continuada hasta casi el momento de su deceso y su consulta fue siempre punto de reunión para los médicos veterinarios que diariamente acudían a consultar a su anciano Maestro acerca de la conducta a seguir frente a un caso difícil o sobre la bondad terapéutica

un nuevo fármaco y a los que él atendía siempre con su bondad característica y su exquisita amabilidad.

Durante su fructífera existencia, gozó íntimamente del triunfo conquistado por sus alumnos de ayer, con los que compartió sus días de gloria; sufrió en silencio los ataques desconsiderados de egoístas y envidiosos que, enanos de espíritu, jamás supieron comprender las cosas grandes y para los que trataba de encontrar siempre una disculpa; tuvo con generosidad ejemplar, el corazón siempre dispuesto al perdón y los brazos siempre abiertos para todos. Aún me parece ver su noble aspecto en las postrimerías de su vida: más bien alto que bajo, algo cargado de hombros, de frente despejada y amplia, nariz aguileña y blanco y breve bigote en un semblante mesurado; de mirada penetrante y suaves ademanes, vestía siempre con pulcritud y su persona era elegante y atractiva.

Al cumplir sus bodas de oro con la profesión veterinaria, en 1945, el Colegio Médico Veterinario Nacional quiso rendir un homenaje al Maestro en nombre de los veterinarios cubanos, en brillante acto celebrado solemnemente en los salones del Colegio el día 25 de Febrero de 1946 y en cuya oportunidad se inauguró la Biblioteca del Colegio Veterinario Provincial de La Habana que lleva el nombre de «Dr. Francisco Etchegoyen» y se le hizo entrega de un hermoso diploma y medalla de oro.

El doctor Rafael de Castro y Ramírez de Arellano, el primer egresado de la Escuela de Medicina Veterinaria, talentoso veterinario e inspirado poeta, compuso en honor del Maestro la siguiente poesía:

FRANCISCO ETCHEGOYEN Y MONTANÉ (En sus Bodas de Oro con la Medicina Veterinaria)

Etchegoyen! Vascuence apellido que orgulloso
ostenta un cubano que de la Hispania inmortal
nos viniera de curar animales en la ciencia
graduado hace ya medio siglo. Yo lo recuerdo
luciendo, marciales, sus negros mostachos, su
apuesta figura, su dulce mirada, su frente
espaciosa y cabello ondulado, siguiendo las
huellas dejadas



El Rector de la Universidad, Dr. Berriel; el Decano de la Facultad de Medicina Dr. Gabriel Casuso y los profesores de la Escuela de Medicina Veterinaria. El Dr. Francisco Eechegoyeu y Montané sentado en el extremo derecho.

por el Santo de Asís, su egregio tocayo, calmando dolores,
curando los males que afectan y matan nuestros brutos
hermanos, poniendo muy alto, elevando el prestigio y el
nombre y la ciencia del Veterinario!

Misión sacrosanta! Misión de una vida al bien dirigida,
al bien consagrada!

Ejemplo viviente de aquellos, ya idos caballeros, que sin
miedo y sin tacha, a un sublime ideal consagrados
ofrendaban sus vidas por su honor y su dama, o de aquellos
heroicos varones que en la mano la cruz y la espada, a los
pueblos herejes de Oriente llevaron las Santas Cruzadas!

Hace ya medio siglo! El tiempo se ha ido y aún el
Maestro nos viene enseñando y con su cabeza ya de
canas cubiertas opimos frutos nos sigue brindando!
Ejemplo glorioso de compañerismo jamás su concurso
nos fuera negado y por todo aquello que signifique
avance de nuestra profesión, él sigue luchando!

Ecce Homo! Aquí lo tenemos
con su faz sonrosada y su sonrisa de plata,
aún arrogante, no obstante los años,
y con su noble cabeza nevada
cual si fuera por nieves perpetuas
en la cima de altiva montaña!

Los que discípulos fuimos del querido Maestro sus Bodas de
Oro con la profesión festejamos y con el corazón jubiloso,
y emoción bien sentida, radiantes de dicha, nuestras copas
alzamos

para brindar en su honor y decirle: Maestro!
Al que todo lo puede con fervor suplicamos que en su
bondad infinita nos depare la dicha de entre nosotros
tenerte por muchos más años!

Por el año 1949 comenzó a sentirse indispuerto, perdió peso y fueron disminuyendo paulatinamente sus actividades según avanzaba el mal, una neoplasia prostática que iba minando su valiosa existencia.

El día 20 de junio de 1951, sufrió el Maestro un infarto cardiaco y fue preciso hospitalizarlo en la Clínica Cardona, en la calle 17 del Vedado, donde falleció al día siguiente, 21 de junio de 1951. Tenía al morir 80 años, 10 meses y 21 días de edad.

La noticia de su muerte produjo gran consternación entre todos los que fueron sus alumnos y compañeros profesionales y entre sus muchos amigos y admiradores, quienes acudieron en gran número a la funeraria Caballero donde se instaló la cámara mortuoria, para rendir al Maestro el postumo homenaje de admiración y respeto.

Sus restos descansan en el panteón de la familia Etchegoyen-Torriente, en el Cementerio de Colón de La Habana.

Poco después de su muerte, en octubre 26 de 1951, su viuda, la señora Isabel de la Torriente, cumpliendo un deseo expreso del doctor Etchegoyen, hacía entrega de todos los libros, folletos y monografías que el Maestro agrupara durante años de continua dedicación al trabajo y estudio de la ciencia veterinaria, a la Biblioteca del Colegio Médico Veterinario que lleva su nombre, para que continuaran en manos de sus discípulos las fuentes de su informaciones y estudios que él transmitía a diario, hasta casi pocas horas antes de su muerte. 12).

Al morir el doctor Francisco Etchegoyen y Montané, más de 600 médicos veterinarios cubanos se habían graduado en la Escuela que él fundara el 10 de abril de 1907, muchos de los cuales han logrado sobresalir en el campo de la ciencia, el arte o la política, conquistando laureles y dando días de gloria a la medicina veterinaria cubana; otros muchos han ejercido la noble profesión veterinaria en forma anónima y silenciosa, pero contribuyendo con su esfuerzo tesonero al auge de la riqueza pecuaria nacional, a la disminución de las enfermedades de los animales transmisibles al hombre y al bienestar humano.

Tanto los que tuvieron la suerte de conocerle y el honor de haber sido sus alumnos, como los que sólo supieron de él por sus obras, han de guardar siempre en lo más profundo de sus corazones un sentimiento de gratitud para el doctor Francisco Etchegoyen y Montané que más que ningún otro merece el título de «PADRE DE LA VETERINARIA CUBANA».

